

## El destello en la oscuridad

Chubut – Argentina, 18 de Junio de 1982

Mauro

Voy a escribirte esta carta aunque sé que nunca vas a poder leerlo, aún así, quiero mantener vivo en mi mente tus recuerdos para contárselo a mis nietos algún día si es que estos sentimientos de desesperanza y desasosiego no acaban conmigo primero.

La primera vez que me enteré que iba a Malvinas fue tres días después del 02 de abril, pensé que no iban a llamarme. Todo cambió en el instante en que veo a aquel hombre parado frente a la puerta de mi casa con una carta entre sus manos. Recuerdo el escalofrío que me recorrió todo el cuerpo y el temblor de mis manos al recibir el papel, eso no se compara al vacío en mi estómago cuando mi madre llora al verme juntar mis pertenencias, mucho menos a la profunda tristeza instalada en mi ser cuando sus brazos me rodean antes de emprender el viaje.

Fuimos guiados a un Regimiento de Infantería, todo era un caos, las instrucciones fueron cortas y realmente intensas pero sabíamos que no eran suficientes. Literalmente, éramos civiles vestidos de verde con un arma siendo enviados a tierras desérticas y heladas contra soldados ingleses con años de instrucción. No hay otro recuerdo más vivo en mi mente que el sueño y el hambre, gracias a esto último fue que nos conocimos después de todo... La primera vez que te vi, estabas arrastrándote por todos lados y ¿cuál era la causa? Tomaste algo que no era tuyo: un picadillo. El hambre y miseria por las que teníamos que pasar eran indescriptibles, al punto de que por hacer cosas como estás nos atrincheraban como animales o nos reventaban los oídos haciendo simulacros de bombardeos con sus armas, ellos lo hicieron con vos.

Después de ese teatro desastroso, te sentaste a mi lado y preguntaste si tenía algo con lo que pudieses abrir la lata de picadillo. No puedo evitar sonreír al recordar lo ingenuo y valiente que eras, me hubiese gustado parecerme más a vos.

Ni en mis peores pesadillas creí que vería aquella destrucción y miseria humana, ¿alguna vez te imaginaste estar en medio de este caos? No puedo describirlo, recuerdo la primera vez que escuché a los aviones desde lejos. En ese preciso instante mi corazón pareciera haberse detenido, el zumbido era cada vez más más fuerte al igual que los latidos de mi corazón, mi cuerpo empieza a temblar. El tiempo parece ralentizarse y, cuando salgo del shock, ya era demasiado tarde.

Una explosión a unos quinientos metros de distancia, por increíble que parezca, tiene la fuerza suficiente para hacerme volar por los aires y caer en el barro, en ese momento grito al sentir la manivela del fusil clavarse en la parte blanda de mi costado. El zumbido ensordecedor de las explosiones no me deja escuchar tus gritos, sin embargo, no impide que tires de mi brazo y empecemos a correr.

Esa tarde supimos por primera vez lo que era un Harrier, el ataque sorpresa dejó fuera de combate a más de la mitad del regimiento y no sólo eso, nos habíamos quedado sin un jodido lugar donde refugiarnos.

Desde allí, dormir se había vuelto un hábito imposible. En esa madrugada mientras estábamos sentados, recordé al Harrier planeando por los aires y, por un instante, recuerdo el barrilete que había hecho con mi papá cuando era chico. Suspiré, recostándome mejor sobre el suelo helado y mi mente evocando el recuerdo de cuando me escapaba de casa por las noches y me acostaba sobre el pasto para mirar las estrellas brillantes. Ahí me dí cuenta que las únicas luces que podía ver son las de los fusiles disparando o las explosiones de las granadas.

No tuvimos tiempo de hablar de todos modos, enseguida el Capitán había ordenado salvar lo que se pudiera y replegar. Caminamos más de diez horas, hasta que el sol estuvo sobre nosotros, en todo el trayecto sentía que mi cuerpo dejaba de responder con cada paso y aún peor: por primera vez supe de qué se trataba el “pie de trinchera”. Vos estabas peor que yo, las medias se te habían pegado a la piel por la sangre, imagino el dolor que habrás sentido en cada paso, pero por alguna razón nunca lo demostraste, me mirabas con un rostro pasible.

Con el paso de los días nuestra decadencia emocional y física se hacían notar pero no, vos tenías que palmear mi espalda siempre y decirme “Todavía estamos vivos”.

La primera vez que disparé contra los ingleses creí que no había dado, creo que quería no haber dado con alguien, no quería matar y tenía que hacerlo... no porque quisiera sino porque sabía que si no eran ellos seríamos nosotros, mi madre, mis amigos, mis camaradas, mi patria...

Presenció a hombres volarse partes de sus pies para que así se los llevaran de nuevo a sus casas y a muchos simplemente volarse la cabeza porque ya no podían consigo mismos. Te observé pensativo con la boca del fusil apuntando tus pies, apreté los puños con ira y no tuve mejor idea que quitarte por la fuerza el arma y empujarte. Era nuestra primera discusión, estuvimos insultándonos por horas.

El enojo nos duró poco. La madrugada del 15 de Mayo nos sorprendió con una ráfaga de disparos, me sentía terriblemente torpe e inútil, habían pasado días desde la última vez que comí

algo decente o había dormido por más de una hora... sin importarme eso, el instinto se encargó de derribar a los cuerpos rivales.

Ahora mismo no siento los pies, es más, creo que ni siquiera sigo vivo. Recorrer las calles camino a casa no se siente correcto, no cuando yo había prometido mostrártelas. La lluvia empieza a caer suavemente a mi alrededor y dejo de moverme por un momento, con los ojos cerrados puedo recordar perfectamente esa madrugada cuando las balas dejan de cruzarse, cuando nos quedamos tendidos sobre el suelo helado tratando de observar entre la neblina espesa los cuerpos enemigos pero no, habían pasado minutos interminables y nadie disparaba.

Te miré y me sonreíste, “Todavía estamos vivos” dijiste poniéndote de pie y extendiendo tu mano hacia mí. Fue en ese momento cuando todo ocurrió, de repente se escuchan varios disparos nuevamente y tomo tu brazo para obligarte a tomar cubierta, rápidamente apunto al mal nacido que seguía abriendo fuego y lo acabamos. Pero al observarte siento cómo la

desesperación se esparce como veneno en mi cuerpo, la sangre brota rápidamente de tu pecho y la vida se escapa a través de tus ojos. No estaba preparado para que te fueras, no lo estoy aún. Intenté presionar, sabía que mis intentos eran inútiles y al ver tus lágrimas supe que lo sabías, no volverías a casa conmigo... ¿Cómo iba a decirle a tu esposa esto? Sigo sin poder responderme esto. No pude evitar empezar a llorar, no podías irte. Grité pidiendo ayuda.

Quiero que sepas que, aunque no pudiste hablar en esos momentos, entendí perfectamente lo que quisiste decirme y lo estoy cumpliendo. Todavía sigo vivo, tengo que llegar a casa y abrazar a mi madre, tengo que comprarme ese carro que te prometí y arreglarlo y por sobre todo, ser el padre y esposo ejemplar que algún día fuiste porque, tú mi querido amigo, serás la historia que voy a contarle a todos cuando vuelva a casa.

Y donde sea que estés ahora, no te preocupes, todavía sigues vivo... en mí y en todos aquellos que te queremos y recordaremos.

Atentamente, Benjamín.

